

cion no teniendo mas que medios limitados y si se quiere exiguos: Catalina utilizaba las interminables conversaciones de una de sus camaristas, que recordaba con prodigiosa memoria todas las relaciones de familia de las últimas generaciones, para enterarse de todos los acontecimientos ocurridos en Rusia durante las últimas décadas que precedieran á su llegada á la corte (1). El conocimiento exacto de los hechos era un medio poderoso para utilizarlos en interés propio, mientras que el conocimiento de los hombres y la experiencia podian ayudar á abrir el camino que debía conducirla al trono. Repetidas veces se encuentran, en las Memorias de la gran duquesa, manifestaciones que son prueba clara del deseo de enterarse de la opinion y del fallo del público.

No carecia tampoco de cierta jovialidad y buen humor que le hacian agradables las bromas y los dichos chispeantes. Una naturaleza robusta, un temperamento tranquilo, una vida exenta de cuidados, una condicion alegre, un talento diplomático y una disposicion privilegiada para la política, son los principales caracteres de la persona de Catalina antes de subir al trono. Era tan poco á propósito para dejarse abatir por el disgusto que le causaba la conducta miserable de su esposo, como para encerrarse en su cuarto sola y entregarse exclusivamente á la lectura: necesitaba el aire libre, la compañía alegre, las conversaciones animadas.

Muy jóven habia llegado Catalina á Rusia; no ha de sorprendernos, pues, que antes de su boda, exenta de todo cuidado, jóven y alegre, cantara, bailara, bromeara y jugara á la gallina ciega con las señoritas de la corte (2), en compañía de las cuales emprendió una vez en Peterhof un paseo inocente de noche que le valió una severa reprobacion de su madre (3). Como gran duquesa, supo tambien ser independiente en el modo de divertirse. En los siguientes términos da cuenta de la vida que llevaba en Oranienbaum durante el verano de 1748. «Me levantaba á las tres de la madrugada, me vestia de hombre, de piés á cabeza; uno de mis criados, antiguo cazador, me esperaba ya con la escopeta: un bote de pesca estaba preparado en la playa; atravesábamos el jardín á pié, con la escopeta al hombro, y entrábamos en el bote: cazaba patos en los estanques, y algunas veces nos veíamos arrastrados por la tempestad hasta alta mar. El gran duque iba á buscarnos dos ó tres horas mas tarde y cuando nos encontraba nos juntábamos, á no ser que cada cual quisiese cazar por su cuenta (4).»

Poco despues de haber llegado á Rusia, aprendió Catalina á montar: sus primeros ensayos en la equitacion no fueron afortunados; pero al cabo de algun tiempo era una excelente amazona. Lo que mas le gustaba era montar como los hombres, pero como á la emperatriz no le agradaba esto, buscó y encontró una silla que sirviera para hombre y mujer, segun se queria. Cuenta Catalina que en 1750 hubo dias en que permaneció á caballo hasta trece horas. Procuraba que los vestidos de amazona fuesen capaces de resistir todas las inclemencias del cielo. «En realidad, escribe, me interesaba poco la caza; en cambio tenia gran aficion á montar á caballo, gustándome mas el movimiento de este cuanto mas brusco era; de tal suerte que cuando mi caballo tomaba el galope, lo hacia detener y lo volvia á poner al trote. Siempre llevaba un libro en el bolsillo y aprovechaba todos los momentos libres para entregarme á su lectura (5).» En 1756 aprendió sistemáticamente la equitacion tomando lecciones á las seis de la mañana vestida de hombre en una plaza que servia de pi-

- (1) Memorias, pág. 89.
- (2) Memorias, pág. 34.
- (3) Memorias, pág. 40.
- (4) Memorias, pág. 87 y 88.
- (5) Memorias, pág. 131.

cadero. No sin cierta satisfaccion cuenta Catalina que su maestro, Zimmermann, estaba admirado de sus adelantos, que le habia regalado unas espuelas de plata y que le habia ofrecido enseñarle el volteo (6).

Cierto exceso de fuerza juvenil y de viveza, un profundo talento y una noble ambicion hacian que la gran duquesa fuera progresando siempre. Era imposible que constantemente encontrara placer en las bromas con sus damas y en la lectura de estudios teóricos. Su pasado habia sido modesto y sencillo; pero á la sazón tenia en perspectiva la primera corona del mundo, y con ella los placeres, el esplendor, la gloria y una ilimitada satisfaccion de la sed de mando. Solo exteriormente la suerte la habia unido á un hombre que moral y materialmente era un sér completamente débil. La naturaleza, los acontecimientos, el interés personal de la jóven y el del reino, al cual tanto atendía, le abrian una senda independiente. Catalina no careció de iniciativa para aprovechar el momento oportuno, mantenerse firme y seguir adelante: el porvenir que se le ofrecia era brillante.

Ya se comprenderá cuál debía ser en tales circunstancias la situacion de aquel matrimonio. En 1767 escribia Catalina á una amiga, lamentándose de la suerte de la infeliz reina de Dinamarca, Carolina Matilde: «Nada hay peor, le decia, que tener por marido á un niño: lo sé por experiencia (7), y opiño como aquellos que dicen que si la mujer no ama á su marido es por culpa de este; yo hubiera ciertamente amado al mio, á haber sido esto posible y á haber tenido él la bondad de desearlo (8).» En las observaciones del dietario de la gran duquesa correspondientes al año 1761, se encuentra el siguiente principio que demuestra cierta indignacion y que se dirige seguramente á su marido: «El hombre que nos maltrata y que se niega á darnos lo que nos corresponde, rompe los lazos que con él nos unian y nos releva de los deberes que esos lazos nos imponian.» Esta máxima está tomada de un libro, *Cartas rusas*, que en aquel tiempo habia leído Catalina (9), y se armoniza perfectamente con la triste situacion en que esta se encontraba. Algunas consideraciones que en las cartas de Catalina encontramos, y las relaciones de los contemporáneos, demuestran el profundo talento de aquella princesa. Sin apasionamiento ni consideracion alguna refiere la que despues fué emperatriz la historia de su matrimonio; sin dejar de censurar á su esposo, no por eso aplaude siempre su propia conducta (10). Lo que mas

(6) Memorias, pág. 128, 130, 229 y 230.

(7) Je sais ce qui en vaut l'aune.

(8) A la señora de Bjelke. *Ilustracion de sucesos históricos*, X, 164.

(9) *Ilustracion de sucesos históricos*, VII, 100.

(10) Véanse las observaciones acerca de su esterilidad durante los nueve primeros años de matrimonio en la carta dirigida á la señora de Bjelke en 24 de abril de 1774, inserta en la *Ilustracion de sucesos históricos*, VII, 100. Isabel habia hablado repetidas veces de esta circunstancia: véanse las notables observaciones de Tschoglokkoff en las *Memorias de Catalina*, pág. 117 y 162. Quizá las manifestaciones de Castera acerca de cierta imperfeccion de Pedro (*Vida de Catalina*, I, 49) y la narracion novelesca que hace Ssaltykoff acerca de ello (I, 59 y 66) son expresion de la realidad; pero no hay que dar mucho crédito á estos rumores, pues en contra de ellos tenemos una carta de Pedro á Catalina (diciembre de 1746), que el editor de las *Memorias de Catalina* publicó á modo de apéndice, y que no debió de llegar á manos de ésta, sino que fué interceptada por Stahlin. Véase la edicion rusa, página 259. Tambien debe ponerse en duda el aserto, segun el cual Isabel favoreció los amores de Pedro: véase C. F. L. de la Marche *Nuevas memorias ó anécdotas del reinado y destronamiento de Pedro III*, Berlin y Dresde 1765, pág. 225. Catalina refiere la participacion que tuvo Isabel en las relaciones de Ssaltykoff con la gran duquesa: véase el diálogo con Tschoglokkoff en las *Memorias*, pág. 169 y 170. Algunos contemporáneos dieron crédito á estos rumores: véase Blum, J. J. Sievers, IV, 267, Jauffret, I, 79. ¿Quién puede decir si esta parte de las *Memorias* no fué un arma que Catalina quiso esgrimir contra su hijo Pablo, para hacer discutible, en su caso, el entronizamiento de éste?

admiration causa en ella es que se mantuviera tanto tiempo incólume en una corte como aquella y en medio de sucesos como los que en ella acaecieron.

No en vano escribió el príncipe Szczerbatoff, en los últimos años del reinado de Catalina, sus Memorias «sobre la decadencia de las costumbres,» en las cuales censuraba indignado la frivolidad de la corte y de las clases elevadas. En estos círculos, las aventuras amorosas desempeñaban un papel importantísimo cuando comenzó allí su carrera la princesa de Anhalt-Zerbst. La emperatriz Isabel era la que daba el ejemplo de tener favoritos. Catalina nos cuenta, en sus Memorias, una multitud de pormenores inmundos acerca de la vida privada de Tschoglokkoff que era el encargado de vigilar al jóven matrimonio de los grandes duques. La conducta de las mismas camaristas que rodeaban á Catalina, distaba mucho de ser ejemplar. Naryschkin, Buturlin y otros que pertenecian al séquito de los grandes duques eran descarados libertinos. El mismo Pedro estaba continuamente enredado en amorios; ora adoraba á la princesa de Curlandia, ora se abrasaba por una señorita Schafiroff ó por la señorita Tepeoff, sobrina de Rasumowsky. No tenemos motivo alguno para dudar de la verdad del relato de Catalina, segun el cual todas las mujeres que gozaban de cierta fama, bailarinas y cantatrices, se veian en compañía del gran duque y se sentaban á su mesa, habiendo ella puesto especial cuidado en no tomar parte en ninguno de aquellos banquetes. No es de extrañar que entre Catalina y las mujeres que gozaban del favor de Pedro ocurriesen escenas violentas. Las mas trascendentales de estas relaciones del gran duque fueron las que tuvo con Isabel Woronzoff, á la cual llama Catalina, en sus Memorias, «la sultana favorita (1).»

En una corte en que las intrigas, los amorios y los secretos eran la ocupacion general, no pudo Catalina permanecer extraña á tales costumbres; los acontecimientos la habian obligado á aprender á fingir. En su trato con su madre, con la emperatriz y con Pedro era preciso guardar gran circunspeccion: todos sus pasos debian ser calculados; cada gesto y cada palabra profundamente meditados. A pesar de la prohibicion de mantener correspondencia con su madre, habia encontrado medio de cartearse con ella, y la severa vigilancia de que era objeto no habia podido impedir que montara á caballo como un hombre, contra la voluntad de la emperatriz. Era en la apariencia obediente y sumisa, pero en realidad era libre é independiente y estaba muy por encima de las personas que la rodeaban. ¿Cómo no caer, pues, en relaciones novelescas? Los primeros pasos en esta senda fueron asaz inocentes.

En 1746 fueron encarcelados por orden de la emperatriz los hermanos Chernysheff, los cuales, perteneciendo al séquito del gran duque, habian dado pruebas de gran adhesion á Pedro y á Catalina. Esta cuenta en sus Memorias que recibió de Andrés Chernysheff una carta suplicándole le enviara algunas cosas, carta que procuró ocultar y á la cual contestó con grandes precauciones, teniendo que procurarse secretamente recado de escribir (2). No se trataba entonces de una inclinacion amorosa (3).

(1) El hermano de Isabel Woronzoff observa, en su propia biografía, que Catalina habia puesto especial cuidado en atender á la eleccion de las queridas de Pedro y en procurar dominarlas: habiéndose la Schafiroff mostrado demasiado independiente, la substituyó Catalina con Isabel Woronzoff y cuando la inclinacion que Pedro sentia hacia esta tomó demasiadas raíces, quiso arrojársela de la corte, etc. etc.: véase el *Archivo del príncipe Woronzoff*, tom. V, pág. 20 y 21; véase en la edicion rusa de las *Memorias de Catalina*, pág. 224, una corta epístola de Pedro á Stackelberg (1758) en que le enteraba de unas relaciones amorosas.

(2) *Memorias de Catalina*, pág. 92.

(3) Los Chernysheff fueron desterrados á Kislar, donde se vieron

Sin saberlo, tenia Catalina un adorador secreto en el conde Rasumowsky, el cual, veinte años despues, referia á la emperatriz esta pasion de su juventud (4). El conde Sachar Chernysheff le confesó, en 1751, la pasion que por ella sentia; episodio que se limitó al envío reciproco de versos tiernos, con alegorias, con las cuales se solian entonces adornar los regalos de dulces. La súplica de Chernysheff de ser admitido solo en los salones de la gran duquesa obtuvo una rotunda negativa (5).

De mayor trascendencia fueron las relaciones de Catalina con el gentil hombre de cámara Sergio Ssaltykoff (1752): la narracion del origen de estas relaciones se encuentra en las Memorias de la emperatriz. Esta por algun tiempo supo resistir todas las insinuaciones, pero acabó por rendirse á ellas: «era hermoso como el día, escribe, y nadie, ni en la grande ni en la pequeña corte, podia á mis ojos ser comparado con él.»

Pero Ssaltykoff fué alejado de la corte y enviado, en calidad de diplomático, á Estocolmo, pues segun parece no guardó la reserva necesaria respecto de sus relaciones con la gran duquesa. La exaltacion pasó.

En 20 de setiembre de 1754, nació el gran duque Pablo, hijo de Catalina, la cual en su autobiografía nos habla de las pocas consideraciones que en tal ocasion tuvieron con ella así la emperatriz como el gran duque su esposo y las personas que la rodeaban. La emperatriz quiso que el hijo de Catalina fuese criado en sus habitaciones, de suerte que la madre lo veia rara vez. Todo esto era injusto y antinatural; pero no impidió que así el gran duque como la recién parida recibiesen ricos presentes y que el fausto acontecimiento fuese celebrado con toda clase de festejos (6).

En 1755 llegó á San Petersburgo el embajador inglés Williams, de cuyo séquito formaba parte el jóven conde Estanislao Augusto Poniatowsky. Este fué muy pronto el huésped constante de la corte de los grandes duques y Pedro se le mostró muy obligado por el buen humor con que se permitia tratar al rey de Polonia y al conde Brühl. Pedro odiaba á este último porque era acérrimo enemigo del rey Federico de Prusia. Además habia creído encontrar en Poniatowsky un buen camarada (7).

Al poco tiempo nacieron relaciones amorosas entre la gran duquesa y el bello polaco, jóven de talento y de gran educacion. De estas relaciones fué mediador Leon Naryschkin, en casa de cuya hermana, á donde se dirigia Catalina por la noche vestida de hombre, se veian en intimidad los dos amantes. Con embeleso recordaba la que despues fué emperatriz las alegres horas que, siendo gran duquesa, habia pasado en aquel círculo de amigos de confianza. Lo misterioso de aquellas noches aumentaba sus atractivos: todos eran jóvenes, alegres, ligeros y amantes del placer.

Estos hermosos dias se acercaban á su término: el conde Brühl, descontento de la conducta de Poniatowsky, le destituyó. Sin embargo, Catalina que se habia captado las simpatías del embajador inglés, supo arreglarse de tal manera que el gobierno polaco-sajon pudo enviar á Poniatowsky á la corte rusa en calidad de diplomático. El mismo Bestusheff

tratados con todas las atenciones, pues se sabia que tenian por protectores al gran duque y á su esposa. Andrés Chernysheff referia allí que habia solido llamar á Catalina *madrecita*, llamándola ella su hijo: véase Ssolowieff, XXIV, 55.

(4) *Memorias de Catalina*, pág. 102.

(5) *Memorias de Catalina*, pág. 150 y 151.

(6) Ssolowieff, XXIII, 262. El czarowitz Pablo, de Kobeko, San Petersburgo, 1882, pág. 1, *Memorias de Catalina*, pág. 200.

(7) Ssolowieff, XXIV, 60. El trabajo de Hermann *Relaciones sajonas-polacas, durante la guerra de siete años*, inserto en el *Anuario prusiano*, XLVII, 6, 574, (1881).

que por aquel tiempo comenzó á favorecer á la gran duquesa, interpuso su influencia para conseguir aquel objeto. Así pudo continuar la gran duquesa sus relaciones con el que posteriormente fué rey de Polonia, y veinticinco años después encontraba gusto en consignar en bellas frases los detalles de aquellas relaciones (1).

A fines del reinado de Isabel comenzaron las relaciones de Catalina con Gregorio Orloff, que duraron mas que las anteriores. Este amante de Catalina fué uno de los principales autores de la revolucion del verano de 1762, y sus relaciones pudieron tener gran trascendencia política (2).

Esos acontecimientos habian de traer consigo un completo rompimiento entre Pedro y Catalina: cierta oposicion en que ambos esposos se encontraban respecto de la emperatriz Isabel pudo influir, en todo caso, en su aproximacion; tratábase de ver si entre ambos era posible una alianza, aun cuando fuese temporal. Pedro comprendia la superioridad de Catalina: muchas veces le confiaba sus asuntos y le pedia consejos que en parte seguia; pero la oposicion de caracteres y de aptitudes era demasiado profunda para que Pedro y

Catalina pudieran vivir mucho tiempo unidos. Durante el mismo reinado de Isabel ocurrieron conflictos que hacian prever las violentas crisis que habian de sobrevenir despues de la muerte de la emperatriz.

En 1755 ocurrió, entre otras, la siguiente escena: «Un día, cuenta Catalina, entró en mi cuarto, despues de comer, Su Alteza imperial y me manifestó que yo comenzaba á verme demasiado orgullosa, y que solo él me haria entrar en razon. Preguntéle en qué consistia aquel orgullo y me contestó que mi conducta era extraordinaria: díjeme entonces si para darle gusto era preciso ir con la espalda encorvada como los esclavos del gran Sultan. Al oír esto se incomodó y dijo que ya sabia hacerme entrar en razon. Preguntéle cómo, y por toda respuesta sacó la mitad del puñal y me lo enseñó: preguntéle qué significaba aquello y si queria herirme, porque en este caso yo tambien tenia un puñal. Entonces volvió á meter el suyo en la vaina y dijo que mi maldad habia llegado á un extremo sorprendente, etc. etc. (3).»

Preparábase, pues, una lucha de la cual Catalina habia de salir vencedora, porque poseia mejores armas.

CAPÍTULO III

PARTICIPACION EN LA POLITICA HASTA 1761

Conjuracion de Baturin.—Relaciones políticas de Pedro y Catalina.—Relaciones de Catalina con Schuwaloff.—Williams.—Apraxin.—Planes de Bestusheff.—Caída de Bestusheff.—Tirantez entre Isabel y Catalina.—Peligro inminente.—Cuestion de la sucesion al trono

Entre la emperatriz Isabel y la «jóven corte de Holstein» existia un verdadero antagonismo; pero la mala inteligencia en que esta vivia, manifestóse en la conducta que Pedro y Catalina observaron respecto de Isabel. Pedro obraba siempre sin reflexion alguna, seguia las inspiraciones del momento y se mostraba completamente inepto para los negocios políticos; carecia de calma y de recogimiento, de energía y de tacto, de valor y de constancia en su opinion ó en el papel político que adoptaba; mientras que Catalina supo crearse un partido, atrayéndose poderosos aliados, y en los momentos de peligro daba muestras de gran prudencia y no menor presencia de espíritu. Conocia perfectamente los azares del juego de la política, del cual habia de salir triunfante, gracias á su talento, á su voluntad de hierro y al tacto con que escogia los medios para llegar al fin.

En muchos círculos se pensaba mas bien en obligar al emperador Ivan Antonowitsh ó al gran duque Pedro á desempeñar el papel de pretendientes que en elevar á la princesa extranjera al trono de Rusia.

Decíase que, en 1749, cuando la emperatriz enfermó gravemente, los cortesanos habian celebrado conferencias para tratar de la sucesion al trono y que muchos habian decidido,

(1) En 9 de diciembre de 1758 dió á luz Catalina á la gran duquesa Ana que murió un año despues. En sus *Memorias*, pág. 273, cuenta las notables manifestaciones de Pedro en aquella ocasion: en la página 279 se refieren las juveniles travesuras que estando aun en la cama hacia con sus amigos, entre ellos Poniatowsky, burlando la vigilancia de las personas que la rodeaban. El episodio del perrito polonés es cínico, pero cómico en alto grado: véanse las *Memorias*, pág. 231.

(2) El hijo de Catalina y de G. Orloff nació en 11 de abril de 1762. La historia de este conde Bobrinsky, que fácilmente podia llegar á ser rival de Pablo, la ha referido recientemente Kobeko en la monografía de Pablo.

en caso de que muriese la emperatriz, ofrecer la corona á Ivan, que estaba aun en la menor edad (4). En cambio las clases populares, bien que á modo de excepcion, mostraban sus simpatías por el gran duque Pedro, y aun, en 1749, se tramó una conspiracion que tenia por objeto elevarlo al trono.

Cuando la corte, en el verano de dicho año, se trasladó á Moscou, ocurrieron entre los trabajadores y especialmente entre los albañiles, que se encontraban en las inmediaciones de la antigua capital, algunos desórdenes que un aventurero, el segundo teniente Baturin, quiso explotar para promover una revolucion en palacio. El éxito del golpe de Estado á que debia su entronizamiento Isabel era un poderoso aliciente para los imitadores. Del mismo modo que el gobierno de la casa de Brunswick habia sido derribado fácilmente, esperaba Baturin, en connivencia con unos cuantos soldados y trabajadores, poder derribar á la emperatriz Isabel y á su favorito Rasumowsky. Pedro sabia las simpatías que en aquellos círculos gozaba, pero faltóle valor cuando Baturin, en ocasion de cierta caza, le saludó, en un lugar solitario del bosque, como emperador y le ofreció sus servicios. La entrevista habia sido combinada de antemano, pero Pedro no esperaba una demostracion de esta clase; así es que sin contestar al aventurero, lanzó el caballo á todo escape. La consternacion del gran duque llegó al extremo cuando supo que Baturin y otros habian sido encarcelados, pues se consideraba muy comprometido en este asunto y temia á cada momento verse envuelto en el proceso que se habia formado. No sin hacer burla de estos temores, nos refiere Catalina en

(3) *Memorias de Catalina*, pág. 209-210.

(4) Hermann, V, 106.

sus *Memorias* el sobresalto y la inquietud de Pedro, el cual le confió lo que ocurría, contando el suceso y sus cuidados. El hecho, sin embargo, no tuvo para el gran duque ulteriores consecuencias. En cuanto á Baturin y á sus compañeros permanecieron muchos años en la cárcel (1). Este episodio demostró claramente que el gran duque no podia ser un pretendiente peligroso. Catalina tenia razon al reprenderle por haberse confiado á los cazadores y perreros que estaban en relaciones con Baturin, por haber alternado y bebido con ellos y por haber prestado oídos á sus pérfidas insinuaciones.

Si bien el gran duque pudo evitar verse sometido á un proceso político, no por eso dejaron de ser conocidos del público hechos tales como el episodio con Baturin y la oposicion que entre la emperatriz y su sobrino existia: la tutela y la vigilancia continua de los grandes duques eran insostenibles; y no sin fundamento se dice en una biografía de Pedro, publicada poco despues de la muerte de este, que «era tratado como un prisionero de Estado y estaba sujeto á una especie de prision indulgente (2).» Repetidas veces habia excitado la cólera de la emperatriz con su falta de tacto y con su desordenada vida. Durante los primeros tiempos del matrimonio de Pedro ocurrió una escena en que la emperatriz amenazó á su sobrino con tratarle como habia tratado Pedro I á su hijo Alejo. El que mostraba cierta adhesion al gran duque era incontinenti alejado de la corte. Existen algunos cortos escritos de la emperatriz, en los cuales manifiesta su descontento respecto del gran duque (3). Pedro se dirigió al favorito de la emperatriz Ivan Ivanowitsh Schuwaloff para calmar la cólera imperial y obtener de su tia que le concediera cierta libertad por lo menos en lo que se referia á sus diversiones. Algunas cartas dirigidas por el gran duque á Schuwaloff demuestran el mal humor que le causaba aquella dependencia completa de la emperatriz, á cuya gracia estaba sujeto hasta para pagar sus deudas de juego. Entre otras, encontramos la súplica que le dirigió para que le permitiera hacer un viaje por el extranjero: quéjase en ella de la alteracion profunda de su ánimo y amenaza con morirse de sentimiento, etc. (4). Continuamente se encontraba Pedro falto de recursos pecuniarios; de suerte que para procurárselos tenia que apelar á préstamos de todas clases (5).

En tiempo de Pedro el Grande, el Czarewicz Alejo se habia encontrado en una situacion análoga, de suerte que la muerte de su padre hubo de parecerle una redencion. Lo propio era para el gran duque Pedro la muerte de Isabel; Pedro, como Alejo, no podia ejecutar una accion política propia; ambos carecian de talento y de decision para hacer con éxito la competencia al gobierno existente. Pedro estuvo á la altura de Alejo en punto á deslealtad hacia el poder del Estado, pues en la guerra de los siete años desempeñó el papel de traidor. Cuando estaba prohibido hasta poseer un retrato de Federico el Grande, Pedro mantenía relaciones

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 109. Artículo de Barssukoff sobre Baturin, publicado en la revista *La antigua y la moderna Rusia*, 1875, I, 170. Ssolowieff, XXIII, 208, á pesar de haber examinado preciosos documentos, pone equivocadamente la fecha de aquel suceso en 1753. Véase mi obra *Una conspiracion en Rusia en 1749*, publicada en la *Revista de todos los tiempos y países*, febrero de 1883.

(2) Véase la notable *Historia del infeliz emperador de Rusia, Pedro III*, Leipzig, 1773, pág. 161.

(3) Véase la *Tschentija* de la sociedad moscovita para la historia y las antigüedades, 1867, IV. Miscelánea, pág. 28.

(4) Véase el documento en el *Archivo ruso*, 1866, pág. 580-583, y en los apéndices de la edicion rusa de las *Memorias de Catalina*, página 264.

(5) Véase la *Tschentija Starina*, V, 675, I, 199, XXIII, 197.

secretas con el rey prusiano, y se alegraba de todas las victorias que los prusianos obtenian sobre los rusos y los austriacos. A pesar de no poder fingir, no tenia bastante valor para manifestar delante de la emperatriz demasiadas simpatías por Federico. Su inclinacion al enemigo de Rusia no obedecia á ningun programa político, sino que era expresion de su entusiasmo personal y puramente subjetivo por el gran rey. Para convertir en hechos estos sentimientos que hacia Federico sentia, faltábanle todos los medios de accion; de suerte que no podia ser nunca un peligro para la emperatriz y su sistema de gobierno.

Todo lo contrario sucedia respecto de Catalina. Esta era una verdadera potencia; sabia disimular; contaba con poderosos aliados y estaba decidida á apelar, en caso necesario, á recursos extremos.

La emperatriz no se imponia á la gran duquesa ni por su talento ni por su energía de carácter, sino en cierto modo por su belleza (6). Podemos dar entero crédito á las narraciones de Catalina en lo que se refiere á la pequeñez que mostraba Isabel en su trato con ella, porque conocemos el texto de la instruccion que en 1746 redactó Bestusheff, por encargo de la emperatriz, para el uso de las personas que rodeaban á Pedro y á su esposa. Con razon se ha observado la diferencia que media entre este documento y las reglas de conducta que treinta años despues trazó la emperatriz Catalina para la esposa del gran duque Pablo (7). Una tutela ejercida sobre personas ya adultas como la que pesaba sobre Pedro y Catalina, habia de producir funestos efectos. Nadie podia, sin permiso del matrimonio Tschoglokoff, penetrar en las habitaciones de la gran duquesa; en la mesa, muchas veces la emperatriz hablaba de Catalina en tono de censura, y estaba además formalmente prohibida á esta última toda correspondencia con su madre. Entre los que rodeaban á la gran duquesa todos los que llegaban á inspirarle confianza ó aprecio eran alejados de la corte. En muchas ocasiones la emperatriz se expresaba respecto de la esposa de Pedro en sentido desfavorable para ella, Catalina se quejaba de que en la corte rusa se faltaba hasta á las consideraciones que su salud merecia. No cabe, pues, duda alguna de que las relaciones que entre Isabel y Catalina existian eran poco íntimas y no tenian el menor grado de confianza ni de franqueza.

Fácilmente se comprenderá que la situacion en que se encontraba en la corte rusa indujera á Catalina á proporcionarse amigos secretos, á buscar momentáneas ventajas en el fingimiento y á mostrar cierta astucia y habilidad para burlar la severa vigilancia á que estaba sometida: todo ello lo vemos puesto en juego por la gran duquesa.

Entre los preceptos que contenia la instruccion para el uso de las personas que rodeaban á Catalina, encontramos la órden de que se evitara á toda costa que se ocupara en asuntos de política, y especialmente en los del Holstein. Ya hemos dicho que el padre de Catalina, cuando fué á Rusia, aconsejó á su hija que se mantuviera apartada de toda política. Pero no habia que pensar en que fuesen seguidos estos consejos ni obedecidos aquellos preceptos.

Pedro buscaba sus amigos en esferas mas bajas; sus camaradas eran los lacayos y los cazadores. Catalina fué muy pronto objeto de atenciones por parte de altos dignatarios, que procuraban captarse sus simpatías para el caso de un cambio en el trono; entre ellos encontramos á Schuwaloff y

(6) Véanse las observaciones que en sus *Memorias* hace Catalina respecto de Isabel en traje de hombre.

(7) Observaciones de S. Grot en la revista *La antigua y la moderna Rusia*, I, 124.